

Ana CALVO REVILLA, ed., *Elogio de lo mínimo. Estudios sobre microrrelato y minificción en el siglo XXI*. Madrid-Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, 2018, 314 pp.



*Elogio de lo mínimo. Estudios sobre microrrelato y minificción en el siglo XXI* constituye la última obra editada por Ana Calvo Revilla acerca del microrrelato contemporáneo y su inserción y consolidación en el entorno digital. A lo largo del libro, los trece autores de los capítulos abordan diferentes aspectos en relación con el papel que desempeña la minificción en el marco de las tecnologías de la información y la comunicación (en espacios como bitácoras, revistas digitales y redes sociales). Asimismo, aportan un análisis de los cambios que el ecosistema digital ha originado en las fases de producción, recepción y difusión de estas creaciones hiperbreves.

En el prólogo, la editora presenta la pieza a través de una retrospectiva del género que inauguró Julio Torri en 1917. En él, repasa su proceso de consolidación en la década de los sesenta con la aparición de las primeras revistas, su reafirmación en los años ochenta y su protagonismo actual, gracias a factores como los encuentros internacionales celebrados, la aparición de sellos editoriales específicos, las antologías y compilaciones publicadas, así como la investigación académica en torno al género, que junto con la cultura digital ha contribuido decisivamente a su consolidación.

Francisco Diego Álamo Felices es el encargado de abrir la primera de las dos partes que conforman el libro, centrada en los circuitos literarios del microrrelato en la red. En su capítulo, Álamo Felices analiza el nuevo espacio mediático que proponen el posmodernismo y la cultura de masas, en los que la tecnología digital altera el paradigma literario. En este contexto, el microrrelato contrae «un matrimonio interesado y pleno de intereses mutuos» con las herramientas multimedia, que contribuyen a su auge en el medio digital.

La profesora Calvo Revilla retoma el decisivo papel de las revistas en la creación, circulación y difusión del microrrelato, asunto que había apuntado brevemente en el prólogo, y repasa las principales publicaciones centradas en la minificción para constatar su consideración en el fortalecimiento del microrrelato en disciplinas como la teoría y la historia de la literatura.

Con Basilio Pujante Cascales comprobamos cómo internet resulta el vehículo más propicio para la expansión del microrrelato del mismo modo que el formato libro lo fue con la novela. Este hecho se debe en gran medida a las posibilidades que ofrece a los autores noveles por su gratuidad, sencillez, inmediatez o la facilidad para generar una comunidad. A pesar de estas circunstancias y de que las

formas digitales van ganando terreno de forma paulatina, la variante física conserva un cierto prestigio y halo de superioridad que tiende a motivar una suerte de «tránsito entre las virtualidades de la red y las estanterías reales de las librerías», como sostiene el autor.

Darío Hernández rastrea la blogosfera en busca de la micronarrativa española que se desarrolla en internet o que se ha visto influenciada por él. Ya en los blogs y páginas web que actúan como espacios abiertos de acceso libre a los textos, ya en aquellos que funcionan como borrador o proyecto piloto de libro, el autor confirma el influjo mutuo que ejercen la minificción y los nuevos formatos que ofrece la red y plantea el reto de afinar el criterio estético como lectores y críticos ante la banalidad que puede suponer en ocasiones la red.

Nuria María Carrillo Martín ahonda en esta misma idea con el cribado entre lo desechable y lo imprescindible dentro del paraíso de la autoedición que suponen los blogs, independientemente de su autoría colectiva —alude a *Internacional Microcuentista*, *Ficción mínima* o *Redmini* como muestras— o individual, que a su vez pueden funcionar como misceláneas o con un administrador único, este último caso mayoritario. En esta breve cronología rememora el papel decisivo del blog en el desarrollo del microrrelato con la llegada del nuevo milenio hasta el comienzo de su declive en torno al año 2012, momento en que muchos desaparecen o dejan de actualizarse. Entre los motivos de esta agonía digital, la autora señala la cantidad ingente de textos o el lastre de tener que actualizar de forma constante, aunque la fundamental es el auge de las redes sociales, que facilitan la interacción y la difusión.

En sus «alebrijes de palabras», Ángel Arias Urrutia toma prestado el paralelismo que proponen Ortiz Soto y Sánchez Clelo entre estas manifestaciones artesanales propias de México y los microrrelatos, con el fin de acercarnos a los microrrelatistas mexicanos que pueblan el «novedoso y vasto territorio de la red». Un siglo después de la publicación de *Ensayos y poemas*, referente pionero de la minificción, el género ha fortalecido su presencia y reconocimiento en el país, gracias a la atención crítica que se le ha prestado, a los proyectos editoriales y a la aparición de nuevos canales de difusión. El autor realiza una aproximación panorámica e incluye una pormenorizada tabla de autores de escritores mexicanos que cultivan o han cultivado el microrrelato, con referencias a sus bitácoras y redes sociales, que aspira a convertirse en guía para futuras exploraciones.

Fernando Ariza clausura esta primera parte del libro con una última hora sobre los microrrelatistas latinounidenses —autores de origen latino que viven en Estados Unidos— y de su literatura híbrida o fronteriza, marcada por su origen hispánico y un contexto cultural anglosajón. Para ello se sirve de un corpus de noventa piezas, pertenecientes a diecinueve revistas, de las que destaca la influencia norteamericana de la llamada «creative non-fiction» o narrativa no ficcional y el predominio de temáticas relacionadas con la infancia, la familia, la religión y la comida tradicional.

Ya en la segunda mitad de la obra, Teresa Gómez Trueba plantea la minificción como categoría transgénica con el objeto de descomponer la alianza entre la fotografía y el microrrelato. Prueba de esta fructífera simbiosis es la proliferación que se ha dado en los últimos años de concursos sobre microrrelato y fotografía, como modalidades independientes o relacionados entre sí, uno a partir del otro. Ambas modalidades funcionan como «captadores de instantes», en los que la brevedad y la economía lingüística resultan, ciertamente, imprescindibles.

También Antonio Rivas estudia la relación entre el texto y la imagen al hilo de las posibilidades intermediales o interartísticas propiciadas por el contexto digital. A partir de una muestra de cuarenta blogs de narraciones hiperbreves, constata la abundante presencia de ilustraciones para acompañar los textos, y aunque no se trata de una potencialidad nueva —pues la relación entre la escritura y la ilustración ya era efectiva en los volúmenes impresos—, sí supone un recurso de las nuevas plataformas para participar en el proceso literario.

Esta relación textovisual es analizada de nuevo por Daniel Escandell Montiel, en su caso desde la perspectiva de los memes como micronarraciones en la red (y en las redes sociales), aprovechando los «elementos extratextuales con una potencia narrativa inherente». A lo largo de la última década hemos asistido a la reconversión de este recurso en una expresión pop en la red, en la que la imagen y el componente textual se combinan de múltiples formas para funcionar como sustento principal de la narración o como complemento de la misma.

Graciela S. Tomassini retoma el asunto de las bitácoras con el objeto de mostrar el paralelismo entre el libro de viajes y el blog del viajero, caracterizado este último por lo efímero y el desapego, características propias del *flâneur* contemporáneo. En tanto que el universo de los blogs de viajes resulta inabarcable, establece un corpus de once blogs en lengua española que resultan representativos. Resalta el fragmentarismo y la brevedad de los textos publicados, al igual que el carácter multimedial e intersemiótico: las entradas contienen, además del propio texto, fotografías, material audiovisual, infografías o enlaces.

Retomamos el factor textovisual de la mano de Ana Pellicer Vázquez, que escribe acerca de las infinitas brevedades que propone Andrés Neuman en su blog *Microrréplicas*, en un intento de explicar su fisonomía «a través de sus pilares fundamentales; éticos, estéticos y formales». Las entradas incluyen principalmente homenajes literarios, reflexiones políticas y microficción en sus distintas formas (microrrelatos, poemas, aforismos o fragmentos autónomos de obras mayores...) y la bitácora funciona como un paraespacio o laboratorio de ideas del que Neuman se sirve para su «literatura mayor». Destaca el visitante como lectoespectador, en tanto que los textos tienen un carácter deliberadamente visual, pues nacen de una concepción del universo literario como espacio híbrido.

Por último, Pablo Echart Orús aborda la minificción audiovisual en el marco de internet que, como explica, ha generado un crecimiento en la producción y consumo de las microformas audiovisuales. Estas mantienen los elementos básicos de sus homónimos literarios —a saber: acción, ficción y brevedad— y se caracterizan por la multiplicidad de formatos (videoclip, minipélicula de marcas, webisode, tráiler lúdico, vine o gif), el «adelgazamiento narrativo» que funciona como acicate creativo, el predominio del drama, lo social y la comedia sobre otros temas y géneros, y espectadores por lo general jóvenes y con la posibilidad de interactuar y participar en la narración.

María SOLANO CONDE  
Universidad CEU San Pablo  
mar.solano.ce@ceindo.ceu.es